



Bibliográficas

El abandono de las palabras, Oscar del Barco

Colección Tantalia, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1994, 374 págs.

Todo libro constituye la puesta en evidencia de un itinerario personal. La escritura que se despliega y va ocupando los espacios en blanco de las páginas sostiene, por detrás o por debajo, lo quiera o no, la biografía del autor y sus fallas, esos puntos de fisura por los que el sentido del texto se cuele y prosigue un recorrido autónomo. Una biografía entonces que le pertenece y ya no le pertenece al autor, un camino compuesto de "pasos" que remiten a otras palabras y a ciertas tradiciones evidenciadas o simplemente presentidas por el lector atento. En ese "algo más", en eso que se le sustrae y que se mezcla inextricablemente con los deseos manifiestos de la escritura, el libro se le escapa y va en busca de su lector; la amabilidad del autor, por lo tanto, nace de un gesto involuntario que tiene su punto de partida en el misterio de las palabras.

Pues un libro supone, más allá de la insistencia de cierta crítica deconstruccionista, toparse con una biografía y, también, con sus *abandonos*, es decir, supone dialogar con una escritura y sus obturaciones. Decir *una biografía*, no implica definir y transparentar la geografía exacta de un sujeto ni rodear a la escritura de una multitud fastidiosa de datos y anécdotas insustanciales; quiere decir disponerse para seguir ciertas huellas, implícitas o explícitas, significa interpretar un texto saliendo también de él, confrontándolo con sus deudas y con esa esquivada dimensión que denominamos la historia. Leer-interpretar es perseguir hacia atrás una biografía hecha de palabras, nunca es anclar definitivamente en un Yo, como si allí pudiéramos encontrar el núcleo del sentido. Toda genuina interpretación *actualiza* y *potencializa* abriendo en abanico lo que el texto guarda. Y si el libro que estamos leyendo-comentando se desliza por los senderos laberínticos de la filosofía, y si en el pliegue de sus palabras encontramos una y otra vez la presencia iluminadora e interpeladora de la experiencia mística, el equívoco de la biografía adquiere una significación particular.

Por un lado, recostado en la tradición filosófica (a la que recorre con erudición y profundidad) nos ofrece las huellas de legados que, a lo largo del tiempo, vertebraron lo que denominamos *Occidente*, legados que podemos seguir y reconocer y que en

gran medida determinan el tono de las disputas filosóficas contemporáneas. Por el otro lado (o sería mejor decir junto, enlazado, en diálogo o en confrontación), la apelación a la experiencia mística, experiencia intransferible y casi imposible de ser puesta en palabras; hilo delgado que a duras penas puede constituirse en tradición (quizá porque el místico hace un doble abandono del Yo y del tiempo y sigue a las palabras más allá de su comunicabilidad); voz poética que nos abre espiritualmente para otro tipo de interrogación. *El abandono de las palabras* de Oscar del Barco atraviesa, no sin conciencia de los riesgos, ese doble registro de lo filosófico y de la indagación místico-poética; tensiona la pregunta filosófica hasta desestructurar la lógica del Sentido que subyace al relato metafísico; escucha la voz del místico como un modo ejemplar de auscultar la desfalleciente inmanencia del hombre de la posthistoria. Hace filosofía (es decir, se inscribe en la saga del interrogar que *Occidente* denominó filosofía) aproximándose a la mística (la presencia de Nietzsche, Heidegger y Wittgenstein a lo largo del libro subraya con intensidad ese cruce de filosofía, mística y poesía), e impregna a la mística de la pregunta filosófica. Quiebra, en un sentido nietzscheano, la dicotomía de forma y contenido, rompe la tiranía del concepto y de la representación (en tanto figuras protagónicas de la *Metafísica*) pero también sospecha de una "verdad" fundada en el imperio de la inmanencia postmoderna.

Su indagación adquiere el tono de la radicalidad allí donde se niega a mutar simplemente el orden de las palabras o a "superar" los relatos depauperados de la modernidad. Hay en el libro de del Barco una apuesta paradójica: ahondar el sendero poético-místico que nos conduce hacia el horizonte *del abandono de las palabras* pero recorriendo a su vez los caminos de la indagación filosófica. No se trata de un lamento por los *abandonos* que el hombre realiza sino que aspira (leyendo a ciertos filósofos) a ponerse *a la escucha* de lo imposible de decir. Su escritura filosófico-poética nos lleva hacia el confin de ese *otro* que permanece en el misterio de lo impronunciable. Lo sagrado se desliza y se despliega en *El abandono de las palabras*, pero lo hace reconociendo su actual

inaudibilidad para una civilización capturada por una inmanencia puramente artificial. Pero también es, para el lector atento, un *puzzle* donde el autor desparra otras escrituras que conforman sus legados y una señal (fundamental en estos tiempos de rápidos olvidos o de modas fugaces) lanzada como prevención en un doble sentido: contra las insustancialidades postmodernas que convierten a las tradiciones en piezas de museo o en cita elegante y contra la profesionalización instrumental que de la filosofía viene realizando la academia. Por eso del Barco entrecruza sin prejuicios a Marx con Nietzsche, a Wittgenstein con Heidegger, a Husserl con Jabès, a la política con la mística y se preocupa, más allá del *abandono de las palabras*, por dotar a su reflexión de una bella prosa.

El riguroso lenguaje de la filosofía se deja influir por la cadencia poética, no como un modo de “cubrir” estéticamente el sentido, o como gesto formal que se adecua perfectamente a un tipo de escritura postmoderna, sino como un modo genuino de resquebrajar el *corpus* conceptual de la misma filosofía allí donde ésta no alcanza a manifestar *lo otro* de la razón o del Sistema, como dice del Barco. Una indagación que apela al decir poético y a la experiencia del místico con la intención no de conquistar nuevos territorios de inteligibilidad lógica sino como expresión de lo infranqueable, de aquello que el mismo lenguaje *oculta* y que queda más allá del habla de los hombres.

En “Notas para una introducción” Oscar del Barco despliega lo esencial de su posicionamiento y lo hace señalando la divergencia entre el título elegido para su libro y la misma frase acuñada por George Steiner en *El lenguaje y el silencio*. “Mientras para Steiner –escribe del Barco– el hombre es quien abandona las palabras, para mí son las palabras las que abandonan al hombre en el acto de la epifanía del algo-sin-nombre. La diferencia se manifiesta en el distinto uso del genitivo. En el primer caso el abandono es el producto de una decisión; en el segundo lo es de una gracia: la del abandono inicial, como entrega del lenguaje, y la del abandono final, como éxtasis. El primer abandono se da como hombre y no *en* el hombre, pues éste aún no existe; entre su inicio y su término está el *hay* que llamamos *hombre*”. (página 11) Confesar que me siento más cómodo con la perspectiva de Steiner no significa que la apelación de del Barco no alcance a plantearme la pregunta esencial por lo que se sustrae, en el lenguaje, al hombre. En Steiner la mística constituye un camino regio para seguirle la pista al secreto del origen, abre sendas que permiten internarse en el territorio

pantanos del lenguaje, *ilumina* lo que la racionalidad ha oscurecido; en del Barco el estado de *gracia* supone una ruptura del mismo lenguaje entendido desde y a partir del *hombre*: “El imposible decir de la mística –escribe–, en cuanto ajeno a la centralidad del logos, entendido como red *nacional* de sentidos trascendentes, se desliza siempre sobre una línea extrema más allá de la cual no puede pensarse en la eventualidad de un nuevo discurso lógico”. (página 12) El discurso filosófico encuentra sus límites en ese *abandono* fundacional y verdaderamente piensa cuando reconoce ese umbral (por eso la estrategia discursiva elegida por del Barco supone confrontar a la filosofía, específicamente a su forma metafísica, con lo que él denomina “la caída del sujeto y la caída del lenguaje” que “son una misma cosa”). Heidegger irrumpe como hilo de Ariadna que conduce al lenguaje filosófico hasta los umbrales de lo poético y, también, del silencio (del Barco en una de sus lecturas de Heidegger se detiene en lo *Inaccesible* que da cuenta de aquello que es imposible de ser puesto en palabras: “Ni un sumo-ente ni un Dios ‘personal’ o ‘moral’; lo *Inaccesible* se llama así porque es inaccesible al lenguaje. Lo *Inaccesible*: no-ser, no-categorías. ¿Qué, entonces? Toda respuesta convertiría a lo *Inaccesible* en accesible” [páginas 273-274]. La filosofía, articulada como discurso metafísico, intentó *ir más allá de lo Inaccesible* quebrando el misterio y sembrando de inteligibilidad aquello que se sustrae a todo designio racional). Con Heidegger, y a través de su lectura minuciosa y actualizadora, del Barco replantea las relaciones entre filosofía y mística. Operación que no sólo involucra al autor de *Ser y Tiempo* sino que también se extiende hacia Ludwig Wittgenstein y esa “fascinación de no-pensar” propia, según el comentario de Russel, del misticismo, simplemente aquello que queda “fuera del pensamiento” y que dejó su impronta en el autor del *Tractatus*.

Entre Heidegger y Wittgenstein emerge con claridad el límite de todo decir, la imposibilidad conceptual de franquear el umbral, aquello que inevitablemente queda en blanco. “Constantemente Wittgenstein –dice del Barco– está *tocado* por la imposibilidad de su decir [...] como Heidegger, quien define el lenguaje como ‘sonido del silencio’”. (página 276) El esfuerzo filosófico se dirige, o sería mejor decir, se debería dirigir hacia la escucha de ese silencio y detenerse en el portal. Frontera del lenguaje y límite de la razón, territorio impenetrable en el que el ser del mundo, la “maravilla inexpresable” de la que habla Wittgenstein, permanece al margen de todo dispositivo montado desde y a partir del Sistema. Para del Barco tanto Heidegger como Wittgenstein llevaron su

especulación filosófica a la frontera del *mundo*, se acercaron, en un sentido nietzscheano, a la vida. Lee- mos en *El abandono de las palabras*: “De un lado lo decible, el *cómo sea el mundo*, el campo de la ciencia; del otro lado el hecho de que el *mundo sea*. Potencialmente la ciencia puede decir de qué manera son las cosas, pero lo que no puede decir es porqué las cosas *son*, porqué hay el ‘maravilloso’ acontecimiento de las cosas... Y esto es lo que produce el asombro absoluto de Wittgenstein: *el acontecer del mundo*”. (página 277) Claro que esa “maravilla” queda del otro lado del discurso filosófico y sólo puede ser rozada por la palabra poética o por la experiencia mística. A través de un famoso fragmento del *Tractatus* del Barco rodea esta certidumbre: “incluso si todas las posibles cuestiones científicas pudieran responderse, el problema de nuestra vida no habría sido más penetrado” (6.52). Acompañar a Wittgenstein aquí significa leerlo desde aquella dimensión negada por las corrientes analíticas; implica elegir ese perfil “místico” de un pensamiento abierto y contradictorio. La glosa da cuenta de un legado y de su influencia decisiva en del Barco: “Porque existe el mundo existe lo que está más allá del mundo y que es inefable: lo místico”. ¿Pero no sería un acto de complacencia con el neopositivismo negarle a la filosofía todo vínculo con lo “inefable”? ¿acaso el reclamo wittgensteiniano no fue leído como una prohibición frente a las fantasmagorías metafísicas y como una purificación lógica del lenguaje? En el asombro está el comienzo del filosofar (Aristóteles *dixit*), ¿pero hablamos del mismo asombro? Allí volvemos a encontrarnos con la recusación que atraviesa todo el libro: el estallido de la filosofía en tanto paridora de una lógica del Sistema que acaba haciendo del “asombro” una estrategia de dominación sobre el mundo. Una ética contra el Sistema, así lee también del Barco a Wittgenstein.

Especialmente en los primeros ensayos del libro (“El ‘peligro’ y lo que salva”, “Racionalidad y represión”, “Crisis I”, “Crisis II”) del Barco despliega su reflexión crítica en una indagación minuciosa dirigida a desmontar el andamiaje metafísico del Sistema, pero también se detiene a analizar la impregnación político-material del Sistema en la constitución de la sociedad moderna. Dos son los pensadores que se dan cita y que le permiten desarrollar esta tarea de desmontaje y crítica: Marx y Nietzsche. Aquí me interesa destacar la lectura “en continuidad” que el propio autor realiza del pensamiento de Marx. Su legado, sus marcas, las antiguas deudas, esa presencia nunca del todo silenciada en un derrotero posterior y que nos devuelve a lo biográfico. Si bien Marx no es un

personaje central de *El abandono de las palabras* su presencia agudiza la interpretación y clausura toda forma de tabicamiento intelectual tan común en estas épocas post. Leamos lo que nos dice del Barco: “Fue Marx quien analizó, sobre la base de la ‘ciencia normal’ económica de su época, el proceso de constitución del trabajo-abstracto y del conjunto ideológico que lo expresa en un nivel teórico. Sin embargo dejó en suspenso la pregunta respecto a la apertura de la posibilidad previa que en el seno de lo social hizo factible dicha separación. El pensamiento no fue arrastrado por la sola materia; ni tampoco fue, a la inversa, el que dirigió soberanamente este proceso de escisión: ante todo porque la materia y el pensamiento conforman una unidad real, lo que determina que la escisión deba verse como el ocultamiento de un real ideologizado, es decir desfigurado y paródico”. (página 21) Con Marx pero más allá de Marx: “La separación del pensamiento y de lo real se ha producido en un momento histórico y configura cada vez más nuestra época; pero simultáneamente se trata de algo imposible: el pensamiento no puede separarse de lo real. A esta posibilidad-imposibilidad Marx la llamó, con terminología hegeliana, *alienación*”. (página 22) Herencia crítica de la materialidad capitalista que nos permite pensar nuestras imposibilidades, ya que Marx “sostuvo que el trabajo, al independizarse del hombre conformando como trabajo ‘muerto’ un sistema de máquinas autónomas, progresivamente redujo la esencia del trabajador a un simple apéndice de esa figura dramática que conjugó la ciencia y la técnica en una *formación* histórica. La pérdida ocasionada por la reificación extinguió la forma-hombre propia de la modernidad. Aquí hay que distinguir entre el no-humanismo del Sistema (denunciado teóricamente por Marx, R.F.) y el no-humanismo como más allá del hombre; uno implica su aniquilación maquínica (nuestro fin de milenio manifiesta la exacerbación de esa aniquilación, su culminación, R.F.) mientras que el otro implica su desborde sin límites. Es en la *diferencia* entre ambas alternativas de lo post-humano que se juega una historia epocal que debe y deberá cada día más elegir entre la verdad en la libertad o el fetichismo como violencia técnico-productivista”. (página 22) En esta *diferencia* del Barco se escinde de Marx y dirige su atención a Nietzsche. Pero, antes, regreso sobre lo ya dicho: Marx sigue siendo un mojón imposterizable a la hora de desmontar el andamiaje de nuestra *formación histórica*, y eso queda absolutamente claro en la lectura de del Barco.

Al detenerse en la estación Nietzsche, del Barco nos muestra cómo emerge una crítica innovadora de

aquello que cautivó, desde los griegos, la conciencia metafísica de Occidente. "Fue Nietzsche quien mostró en *El origen de la tragedia* de qué forma se constituyó históricamente el enrejillado de la metafísica sometiendo el grito ditirámico al proceso de la *representación* y al dominio de la lógica, constituyendo en el cuerpo dionisiaco espacios disímiles, opuestos y contradictorios, que filtraron la energía polimorfa 'original' hasta obtener el sonido exánime del *recitado*". (página 28) Tanto Marx como Nietzsche produjeron "estupor" en los circuitos científicos, ni los economistas ni los filósofos, dice del Barco, pudieron comprender el alcance de sus críticas que deslizaron la indagación hacia la médula del Sistema. Cortocircuito que aún permanece entre nosotros, distancia entre un pensamiento abierto y crítico y una comunidad científica apegada a sus mecanismos burocráticos y de control. "Más allá del impulso puramente cognoscitivo –escribe del Barco– ambos estaban impulsados por el *pathos* de la transmutación de los valores. Esa fue su marca, la que los separó del orden académicos proyectándolos hacia una especialidad inédita tanto para la teoría como para la práctica, y produciendo una ruptura de tal magnitud que no puede ser aprehendida ni con el concepto de 'paradigma' (hoy vulgar en el orden científico) ni con el concepto desvalorizado de 'revolución'...". (página 29)

Marx y Nietzsche movilizados contra dos formas de pauperización espiritual contemporánea: por un lado, ese modo de la pobreza representado por la esclerosis académico-científica que sospecha de cualquier pensamiento dispuesto a cruzar las fronteras disciplinarias y capaz de escuchar con especial atención las palabras provenientes de esferas extracurriculares, palabras que asumen, en ocasiones, la forma de lo poético o de lo místico (en su libro del Barco muestra cómo la filosofía encuentra lo mejor de sí en ese diálogo-confrontación con aquello que la trasciende radicalmente); y por el otro lado, esa otra forma de la pobreza contemporánea que lleva el nombre de *política*, ámbito completamente conquistado por la lógica del Sistema y vaciado de sus antiguos fulgores revolucionarios. En *El abandono de las palabras* la política y la comunidad científica expresan, como lenguajes y prácticas dominantes, la expansión de la forma maquinística y de la racionalización. Pensando en la cuestión de la *crisis* (palabra utilizada a destajo y también vaciada de contenido en las dos esferas mencionadas) del Barco muestra el punto de confluencia de ambos lenguajes: "La razón que construye armas atómicas, la que se aventura por el espacio cósmico, la que crea el actual Panóptico y sus sis-

temas teóricos, la que organiza los micros y los macros espacios del ámbito social para 'programar' a la humanidad en su conjunto, la que avasalla a las 'comunidades', a las especies y a la naturaleza, es la Razón *sana* del Sistema. La llamada crisis-de-la-razón es un subterfugio del poder que de manera encarnizada, como Saber, sienta las bases de su futuro dominio planetario". (página 56)

La experiencia mística y la iluminación poética representan una pequeña rendija a través de la cual es posible mirar y escuchar de otro modo; es el lugar del misterio, de lo aún no profanado. No es casual que este libro de filosofía culmine con un breve ensayo dedicado a Edmond Jabès, un poeta y, tal vez, un místico. Jabès un poeta profundamente dedicado a seguirle el pulso a las palabras, un interrogador que hizo del desierto su verdadero territorio porque allí las imágenes no cuentan, sólo las palabras y la memoria. Tampoco es casual que el Oscar del Barco, filósofo y poeta, lector incansable y comentarista de Juan L. Ortiz, que escribe *El abandono de las palabras* se sienta próximo a Edmond Jabès y elija como corolario de su libro dialogar con otro poeta. "Para Jabès –escribe– lo 'originario' es la *palabra* como hálito iluminante del misterio (no en el sentido de que sea la palabra la que ilumina el misterio, sino en el sentido de que la palabra es palabra *del* misterio): lo que el misterio ilumina es la palabra". (página 392) De Marx a Jabès, de Nietzsche a Heidegger, de la filosofía a la poesía, de la política como práctica a la crítica de la razón política, itinerarios de una escritura que también desanda los laberínticos caminos de una biografía intelectual, porque los ensayos reunidos en este libro de del Barco enlazan más de diez años de reflexión y remiten, también, a las sombras del pasado que aún siguen los pasos expectantes del filósofo.

Un itinerario filosófico que dirige sus pasos hacia comarcas en las que el lenguaje enmudece; un recorrido biográfico en el que antiguas lecturas se entrelazan con otras escrituras y la presencia de lo poético señala, a su vez, los umbrales del concepto. *El abandono de las palabras* constituye, desde su apuesta intelectual, una suerte de rara avis de la empobrecida producción filosófica argentina; *rara avis* por su profundidad a la hora de analizar los pensamientos de Marx, Nietzsche, Husserl, Heidegger, Wittgenstein, etc., haciéndose cargo de lo mejor de la tradición interpretativa y de la lectura desacralizadora; *rara avis* porque sin renunciar a la espesura de la reflexión conceptual se abre de lleno a la dimensión de lo poético; *rara avis* porque establece las condiciones para un diálogo entre lo filosófico y lo misti-

co quebrando las barreras del prejuicio; y rara avis finalmente porque se desentiende de los rituales académicos que establecen cánones y prohibiciones inhibitorias del pensar libre y abierto.

En el final de "Notas para una introducción" Oscar del Barco señala la búsqueda siempre inconclusa e imposible de la que su libro es manifestación: "Dice George Steiner: 'en su límite extremo, cuando bordea la luz, el lenguaje de los hombres se vuelve inarticulado, como el del niño antes de aprender a manejar las palabras', y 'donde cesa la palabra del poeta comienza una gran luz'. De esa gran luz no se puede hablar, pero al mismo tiempo es de lo que constantemente queremos hablar, es de lo único que nos interesa hablar, ya que todo hablar presupone la luz: cuando las palabras no significan nada comienza el lenguaje del silencio, el que sólo habla si las pa-

labras regresan al origen". (página 20) *El abandono de las palabras* es testimonio de eso "único de lo que nos interesa hablar", sus páginas expresan la intensidad y el esfuerzo especulativo por recobrar el antiguo pudor ante las amenazas de un Sistema que borra toda huella que nos remita al origen: la metástasis productivista que acelera sus movimientos y distancia al hombre de lo importante, la profanación del lenguaje por una civilización que se ha puesto de espaldas a toda forma de trascendencia y el imperio de una codificación racional-burocrática del saber, convierten al esfuerzo intelectual de Oscar del Barco en un gesto de resistencia capaz de ofrecernos, en el correr de sus páginas, la experiencia de una lectura fraterna en la que *las palabras dejan entrever algo de su inasibilidad*. ■

Ricardo Forster

La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina, Jorge Castañeda

Ariel, Buenos Aires, 1994, 524 págs.

En verdad el título del libro es muy provocativo. La misma palabra "utopía" aplicada hoy a la política tiene ya un sentido descalificador al hacer referencia a la ausencia de lugar en el mundo real, a una quimera, a algo imposible.¹ Y peor aun si esa utopía está "desarmada", porque ello significa que los proyectos, las ilusiones de construir un lugar, una sociedad mejor, por los que la izquierda latinoamericana —ya que de ese sujeto se trata— luchó durante tanto tiempo se han quedado sin los instrumentos para llevar a la acción. Así la izquierda se habría rendido ante la evidencia de un mundo donde pareciera que ya no hay lugar para ella.

Pero no es ese sentido pesimista el que el libro pretende transmitir. Cuando Castañeda habla del "desarme" de la utopía lo hace en un doble sentido: por

un lado, literalmente, los proyectos de la izquierda se "desarmaron" en el sentido de que ésta entregó las armas y "bajó del monte" para concertar nuevas reglas de juego, para aceptar las pautas del sistema democrático-representativo, como lo demostrarían los ejemplos de El Salvador, Colombia y Nicaragua al aceptar la confrontación electoral; pero por otro, en un sentido figurado, lo que se habría desarmado sería la idea misma de utopía, entendida como un proyecto de sociedad total, cerrada, como propuesta paradigmática.² Porque en realidad para Castañeda, que participa del clima general del post-modernismo, los que se habrían desvanecido en el aire son los paradigmas. Esta idea es una de las más fuertes que recorren todo el libro.

Sin embargo, lo que el autor intenta es mostrar, a

1.- El vocablo designaría la tierra de "ningún lugar", se trataría de una "sociedad radicalmente distinta ubicada en una otra parte definida por un espacio-tiempo imaginario, una representación que se opone a la de la sociedad real que existe *hic et nunc*". Véase Bronislaw Baczkó, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991, pág. 65.

2.- Se trata de una sociedad cerrada al ser la mejor comunidad política imaginable pero que es pura construcción intelectual, "que no existe en ningún otro lugar que no sea precisamente en el imaginario que se abre al saber y es elaborado por éste; la mejor comunidad no tiene otra legitimidad más que la racionalidad del proyecto que la funda". Véase Bronislaw Baczkó, *Los imaginarios...*, op. cit., pág. 67.